

EL CRISTO GLORIOSO

Por: H. Engels

En la época del gran Imperio Romano, se llegó al extremo de afirmar que los Césares eran dioses. Estos hombres alcanzaron tanto poder que a menudo olvidaban su propia naturaleza humana. Por eso, tenían a personas caminando detrás de ellos que les recordaban constantemente: "Recuerda que solo eres un hombre".

Es curioso reconocer que muchos seres humanos anhelan ser "dioses". Sin embargo, el caso de Jesús es totalmente opuesto: Él, siendo el Hijo de Dios, deseó hacerse hombre. Y no lo hizo para dejarnos relatos religiosos, sino con el propósito concreto de salvarnos de nuestros pecados.

1. Manifestado en un cuerpo humano

El Hijo de Dios vino a este mundo para vivir entre nosotros. Como afirma la Biblia: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

Más adelante, las Escrituras refuerzan esta verdad fundamental: “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne...” (1 Timoteo 3:16). Jesús es ese Dios hecho hombre, una de las enseñanzas pilares del Evangelio.

2. Sufriente en un cuerpo humano

Esto es lo que recordamos especialmente durante la Semana Santa. El profeta Isaías lo describió así: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos” (Isaías 53:3).

El Cristo glorioso, al haber tomado un cuerpo humano, fue llevado a la cruz. Lo más sorprendente es que no utilizó Su poder ni Su autoridad para evitar aquella injusticia; Él se entregó a sí mismo voluntariamente. Por amor y en solemne obediencia al Padre, Jesús aceptó el sufrimiento. Como escribió el apóstol Juan: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

3. Resucitado en un cuerpo humano

Aquel primer domingo de resurrección, Jesús se apareció a sus seguidores. La Biblia relata:

Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros. Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían un espíritu. Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados...? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lucas 24:36-39).

¡Jesús resucitó! No como un fantasma o una visión espiritual, sino con Su cuerpo transformado. Hoy debemos ser conscientes de que no servimos a un Cristo muerto, sino a un Salvador vivo que nos ama y desea perdonar nuestros pecados.

Una invitación personal

Vale la pena conocer cada día mejor a este **Cristo glorioso**. Como pastor evangélico, le recomiendo aceptarlo hoy mismo a través de esta sencilla oración:

“Amante Padre Celestial, ahora mismo acepto a Jesús como mi Salvador personal. Perdóname todos mis pecados y ayúdame a entender mejor el mensaje del Evangelio. En el nombre de Cristo, Amén”. Dios le bendiga.